

Terceras Jornadas de Historia de la Patagonia
San Carlos de Bariloche, 6-8 de noviembre de 2008
Mesa temática: A.5. Sujetos sociales, conflicto y política en la Historia Reciente de la Patagonia

Ponencia

Jorge Omar Sobisch: ocho años de retórica reaccionaria

*Y veo que yo sólo te entiendo y te escucho,
porque no sé leer
como muchos acá en Neuquén (...)
y a los que fabrican una historia, les advierto poeta:
“los caramelos media hora
tienen ciento veinte años de historia:
deben ser neuquinos de pasado glorioso”*

Héctor Kalamicoy [*¡Oh poeta! (homenaje a Berbel)*]

Por Fernando Lizárraga*

Introducción

En la mañana del 4 de abril de 2007, el gobernador de Neuquén, Jorge Omar Sobisch, dio licencia para matar. El ejecutor del supremo mandato fue el cabo primero José Darío Poblete, quien disparó a la cabeza del profesor Carlos Fuentealba cuando éste se alejaba del lugar donde había comenzado la represión que muy pronto devino en cacería. Luego de cinco semanas de huelga en busca de una recomposición salarial (entre otras reivindicaciones), el sindicato docente neuquino había decidido volver a las rutas para forzar una mesa de negociación que el gobierno negaba con tozudez. En vísperas del feriado de Semana Santa, y alentado por el clamor de los empresarios de la industria turística, Sobisch quiso hacer una exhibición de poderío y propinar un definitivo escarmiento a los docentes y a toda otra organización que tuviera la osadía de desafiarlo. Llegaban así a su paroxismo una política y un discurso preñados de violencia contra los trabajadores en la provincia de Neuquén. En sus casi ocho años de gobierno, Sobisch venía cultivando una ofuscada retórica reaccionaria que, vista en perspectiva, no podía sino traducirse en un homicidio alevoso y premeditado¹. Por eso, en este artículo intentaremos rastrear las directrices políticas del sobischismo, caracterizar la naturaleza de este engendro conservador, y mostrar que el fusilamiento del profesor Fuentealba fue un trofeo de sangre que Sobisch quiso ofrendarle al partido de la ley y el orden que, por aquellos días, lo tenía como referente nacional.

Es bien sabido que Sobisch alcanzó notoriedad por sus exabruptos verbales y su escasa ductilidad oratoria (reflejo inequívoco de su cortedad de miras y nula hondura intelectual). Sería muy fácil hallar los indicadores de la violencia sobischista en sus discursos de barricada (frecuentemente multiplicados por sus colaboradores más files y desmesurados). Sin embargo, resulta más interesante analizar los mensajes institucionales del ahora ex gobernador. Sus dichos de ocasión -entre los que se recuerda el notable “prefiero a un corrupto antes que un pelutodo”-, si bien revelan en forma descarnada la brutalidad de su proyecto, no permiten apreciar cabalmente que dicha política tuvo el estatus de asunto de Estado, del cual fueron co-responsables todos los legisladores, ministros y demás funcionarios del Movimiento Popular Neuquino (MPN). Por ende, nos hemos tomado el indigesto trabajo de analizar los ocho mensajes que

Sobisch pronunció al inaugurar el período ordinario de sesiones en la Legislatura de la Provincia de Neuquén entre los años 2000 y 2007. Sobre la base de este *corpus* documental, hemos rastreado la concepción sobischista del “Estado mínimo”, su política de “seguridad” en tanto dispositivo de represión de la protesta social, la construcción retórica de un enemigo absoluto (los docentes) y su consecuencia necesaria: el asesinato a sangre fría de un maestro sobre una ruta otoñal².

“Más inversión privada, menos presencia del Estado”

El teórico y propagandista ultra-conservador Robert Nozick fue, quizás, quien con mayor sutileza y vuelo académico describió las condiciones y características del Estado mínimo. Alarmado por el sesgo igualitario que venía cobrando el liberalismo anglosajón a principios de los años 1970, abogó por un Estado que se ocupara sola y únicamente de la preservación de la vida y la propiedad (cosas que, a su juicio, eran una sola). Cualquier otra función debía estarle vedada por una cuestión de derecho. “El Estado mínimo es el Estado más extenso que se puede justificar. Cualquier Estado más extenso viola los derechos de las personas” (Nozick, 1991: 153). Así, el Estado tenía que ser despojado de cualesquiera funciones pudieran desempeñar los actores privados, excepción hecha del monopolio de la violencia legal. El Estado mínimo, entonces, no es otra cosa que una maquinaria de represión al servicio de los intereses de la clase dominante, sin ningún otro ornamento. En nuestras latitudes, fue el presidente Carlos Menem quien popularizó esta doctrina, fantásticamente resumida por el ministro de Obras y Servicios Públicos, Roberto Dromi: “Nada de lo que deba ser estatal permanecerá en manos del Estado”. Es improbable que Sobisch haya estado al tanto de los vericuetos argumentales de Nozick y sus epígonos, pero es indudable -como veremos- que su política reflejó punto por punto la ortodoxia del neo-conservadurismo de cuño norteamericano y de la versión vernácula expresada en el proyecto menemista.

Así las cosas, no es extraño que Sobisch inaugure su segunda época en el poder (1999-2007) con el explícito objetivo de llevar adelante “una profunda reforma del Estado, una acción social sostenida y el crecimiento de la economía” (DS., 2000). En un escenario de “emergencia”, signado por las penurias financieras (una deuda pública de 670 millones de pesos-dólares), el gobernador neuquino traza a grandes rasgos tres líneas que se mantendrán casi sin cambios en ocho años de administración. No nos detendremos a analizar la “acción social sostenida”, ni el “crecimiento de la economía”. Baste decir que lo primero consiste, esencialmente, en un masivo despliegue del aparato asistencialista y clientelar (tal como lo reflejan las cifras que Sobisch ofrece en sus sucesivos discursos), y lo segundo no es otra cosa que la consolidación de un capitalismo de camarillas o prebendario (*crony capitalism*) que beneficia a las empresas amigas del poder, y cuyo punto culminante se alcanza con la prórroga unilateral de la concesión de explotación petro-gasífera a Repsol-YPF, anunciada con bombos y platillos en el mensaje del año 2000 (DS, 2000; cf. Lizárraga, 2007a; 2007b). La “profunda reforma del Estado”, en cambio, merece un examen más detallado.

Sobisch emprende el achicamiento del Estado provincial con un paquete de proyectos que involucran una ley de la función pública y la descentralización del sistema educativo, del sistema de salud y de los servicios públicos (DS, 2000). Cuando el fantasma de las quitas salariales realizadas por su predecesor, Felipe Sapag (1995-1999), aún se agita en los ánimos de los empleados estatales, Sobisch advierte con cierta cautela que la ley de la función pública busca evitar despidos y reducciones salariales. Sin embargo, sin inmutarse ante la flagrante contradicción, introduce un proyecto para reducir el adicional por permanencia en el cargo de los empleados estatales del escalafón general, al tiempo que propicia un nuevo escalafón que, en los hechos, significa un drástico achicamiento en la masa salarial. El discurso de Sobisch no tarda en llenarse de fulminantes diatribas hacia quienes reclaman respuestas al Estado y de melosos elogios hacia los emprendedores privados. Así, al referirse al hecho de que muy pocos adjudicatarios pagan las cuotas de las viviendas construidas por el Estado, señala que en la provincia ha habido una “falsa política redistributiva, en la que muchas veces no se benefició a los más necesitados sino a los más inescrupulosos,³ para quienes el Estado existe sólo a la hora de resolverle sus problemas” (DS, 2000). Curiosamente, en este mismo discurso, aduce que en Neuquén “no hay salud pública o privada [sino que] hay un Sistema de Salud que hay que defender, preservar y mejorar porque es parte de la identidad neuquina”. Va de suyo, entonces, que el Estado no existe para solucionar los problemas de

los “inescrupulosos”, sino para garantizar las ganancias de los necesitados y escrupulosos empresarios privados, socios privilegiados del Estado prebendario⁴ y puntales de la “identidad neuquina”.

Está lejos de nuestras intenciones y habilidades examinar los actos fallidos, pero hay uno que no puede omitirse, ya que echa luz sobre la visión sobischiana de la relación entre el Estado y el sector privado. Al explicar la política de dar prioridad a los proveedores neuquinos Sobisch afirma: “*Convertiremos al Estado en nuestro principal cliente, sin favoritismos y con transparencia. Vamos a comprar Neuquén*” [sic] (DS, 2000). Seguramente, debió decir: “Convertiremos al Estado en el principal cliente *de los proveedores neuquinos*, sin favoritismos y con transparencia. Vamos a comprar *en* Neuquén”. Pero lo dicho, dicho está; y es una prueba más que elocuente de que el *crony capitalism* es connatural al proyecto sobischista. Por otra parte, no es ocioso destacar que Sobisch no habla aquí como gobernador, sino como un proveedor más, a quien el Estado debe resolverle sus problemas. Sobisch habla, sin más vueltas, como uno de aquellos “inescrupulosos” a los que acaba de condenar.

La vinculación comercial del Estado emepenista con las empresas privadas, como dijimos, alcanza su punto más escandaloso con la “alianza estratégica” que Sobisch suscribe con Repsol-YPF⁵. En este contexto, el gobernador introduce una curiosa reflexión sobre lo que él denomina “modelo de dependencia”. No se trata, desde ya, de la venerable teoría de la dependencia elaborada por pensadores progresistas de América Latina. Al contrario, Sobisch lamenta (hipócritamente) la dependencia de los Estados respecto del sector financiero y la ausencia de alianzas con el sector productivo. “Endeudarnos es arriar el Pabellón Nacional sin presentarse en el campo de batalla; en lugar de aliarnos con los que producen riqueza genuina [...] nos aliábamos, como el país, con los que robaban la dignidad de nuestro pueblo, para beneficio de unos pocos”, afirma Sobisch (DS, 2001). Aunque su política real consiste en contraer una grotesca deuda para financiar proyectos faraónicos y delirantes -como el ferrocarril trasandino a ninguna parte⁶-, en el discurso, Sobisch se afana por diferenciarse de quienes, como su predecesor, se endeudaron para financiar gastos corrientes. El objetivo de Sobisch es “cambiar este modelo de dependencia”. “Por supuesto -añade- se nos oponen salvajemente los que medraron durante muchos años con un Estado omnipresente” (DS, 2001). El problema de fondo, entonces, no es la deuda pública; es ese Estado omnipresente que beneficia a aquellos que no pertenecen al club de amigos. Sin nombrarlos directamente (todavía), Sobisch alude a los empleados públicos. El “modelo de dependencia” no consiste en un perpetuo endeudamiento estatal, sino en la existencia de empleados que “dependen” del Estado. Esto es lo que Sobisch busca cambiar a como dé lugar.

Insiste Sobisch: “en este escenario [de emergencia] tenemos un proyecto político, un plan de gobierno y la firmeza de conducción necesaria para resistir a las tentaciones de un reparto demagógico que profundice la crisis” (DS, 2001). El antídoto elegido es achicar el Estado por medio del paquete de leyes presentado en el año 2000, para enfrentar así “el gran desafío de generar confianza, [que] se asienta sobre un diseño institucional sólido y moderno, pensado y ejecutado en el período ‘91-‘95” (DS, 2001). Como se advierte, el desafío no es otro que reducir el Estado, amoldarlo a los intereses de las empresas privadas y generar “confianza”, el *leit motiv* de la gestión sobischista. Así, sin más preámbulos, el gobernador expresa la necesidad imperiosa de “combatir la burocracia lenta, ineficiente y poco solidaria que ha hecho un Estado a su imagen y semejanza”. “Nos enfrentamos -dice- con rigideces difíciles de superar [e] insisto: combatiremos este modelo de dependencia hasta vencerlo” (DS, 2001). Ya sin eufemismos, cobra nitidez el perfil del enemigo y la determinación de no darle tregua.

A mediados del año 2001, Sobisch siente que la fortuna le sonrío. Aunque asumió su mandato con un muy magro capital electoral y sin mayoría en la Legislatura, de repente se ve fortalecido por la extrema debilidad de un gobierno nacional que comienza a naufragar y por la acostumbrada desorientación de la oposición provincial. En el mensaje a los legisladores, Sobisch pronuncia una frase que puede dejar perplejo a un observador inadvertido. Dice: “[s]eguiremos con la reforma del Estado, pero estamos de vuelta del ajuste” (DS, 2001). Es un juego de palabras sin consecuencia práctica alguna, porque la decisión de desguazar el Estado se mantiene sin fisuras. Es así que en este mismo mensaje anuncia que va a “congelar la masa salarial [para] que no se siga incrementando a través de mecanismos automáticos o privilegios que son una burla para el resto de la sociedad.” (DS, 2001). La jibarización del Estado

continúa por la misma senda: atacando a los empleados públicos, colmados de supuestos privilegios, y volcando recursos críticos hacia el sector privado. Sobisch lo dice con todas las letras: “Más inversión privada, menos presencia del Estado” (DS, 2001). Evidentemente, no es cierto que está “de vuelta del ajuste”, y la continuidad de este proyecto se ve ratificada cuando, apenas un año después, y tras sortear la crisis más profunda de los últimos años en la Argentina, Sobisch insta a sus funcionarios a salir de sus escritorios para solucionar los problemas de la gente, “venciendo entre todos la burocracia enquistada en el Estado” (DS, 2002). Entre promesas de reforma política e invocaciones a la “claridad” y la “honestidad”, Sobisch señala que dicha reforma debe tender a crear “un Estado más chico, más eficiente y más solidario, liberarlo de los privilegios y que sirva a los intereses de la gente” (DS, 2002).

A esta altura, Sobisch ya ha caracterizado al Estado como un monstruo “omnipresente”, como un enemigo a vencer, al tiempo que le ha declarado la guerra quienes “dependen” del Estado, a quienes gozan de presuntos “privilegios”, a esa burocracia que ha hecho un Estado a su imagen y semejanza, una burocracia “enquistada” cuyas “rigideces” son difíciles de doblegar. La lógica binaria y simplista que procura manufacturar un antagonismo entre “la gente” y “la burocracia” va adquiriendo contornos cada vez más nítidos y siniestros.

Observando que, tras la crisis del 2002, el neoliberalismo explícito se ha transmutado en una versión menos beligerante, Sobisch realiza un retroceso táctico en el año 2003. Sigue obsesionado con la reforma del Estado, pero ahora la subordina a dos de sus grandes proyectos: la regionalización (que nunca se concreta) y la Reforma de la Constitución (que consigue pero sólo a medias a principios del 2006). Este repliegue discursivo se explica por la incertidumbre generada tras las elecciones presidenciales del 27 de abril del 2003 y por la necesidad de asegurarse el voto de los empleados estatales en las elecciones provinciales de septiembre de este mismo año. El paso atrás le rinde buenos frutos: logra ser reelecto con el 57 por ciento de los votos. Al promediar el año 2004, Sobisch sigue en cuarteles de invierno. Parece haber comprendido que el ajuste no prosperará (porque se lo han impedido las luchas de los empleados estatales) y que la opinión pública ya no compra fácilmente el discurso de achicamiento del Estado formulado en términos noventistas. En consecuencia, en la retórica sobischiana aparece un Estado concebido como “sociedad solidaria donde todos los sectores del Estado deberán interactuar juntos para resolver los problemas de la gente” (DS, 2004). El nuevo Estado “solidario” viene de la mano del proyecto de reforma constitucional que busca “previsibilidad” y “fortalecer los cambios” que necesita la provincia (DS, 2004). La política de desmantelamiento del Estado se inscribe ahora en el proyecto de reforma de la ley fundamental el cual, entre otras cosas, supone la eliminación de los artículos que prohíben la explotación privada de los recursos naturales, en particular de los recursos hidrocarbúricos.

Pero Sobisch no cesa en su política de favorecer al sector privado, a tono con su preciada idea de “menos Estado”. En tal sentido, propone un Estado que genere “oportunidades como promotor y dinamizador de la actividad privada” (DS, 2004). Y si bien ya no habla de ajuste, se jacta de haber liderado un proceso de “desregulación de la economía”, que dio como resultado “una provincia con la menor presión impositiva del país, [cuya] lógica consecuencia fue el equilibrio presupuestario y el crecimiento de la recaudación a valores récord” (DS, 2004). Resulta difícil aceptar la retórica de superación del ajuste cuando, al mismo tiempo, se realiza una desembozada vindicación de la desregulación y el aligeramiento de las cargas impositivas. Ahora bien, la verdadera razón del cambio en la visión del Estado es meramente coyuntural, en sintonía con las mudanzas en la opinión pública. Sobisch lo admite sin tapujos: “[I]as más de 10.000 encuestas que realizamos durante la campaña electoral, dijeron en un 94% que los servicios públicos debían continuar dentro del Estado. Superada esta discusión he iniciado una nueva gestión de gobierno, dándole jerarquía ministerial a las empresas” (DS, 2004). El humor social es otro y Sobisch prefiere no alterarlo. Sólo esto, y las exigencias electorales, pueden explicar la insólita y única reivindicación de los empleados públicos que realiza el gobernador:

“alguna vez tenemos que comenzar a reivindicar a nuestros empleados públicos y no seguir usando el argumento fácil y simplista de los demagogos de decir que el Estado está lleno de ñoquis. El Estado está lleno de mucha gente que trabaja en mucha seriedad y con mucha responsabilidad [...] Terminemos con esta mentira de que el Estado está lleno de ñoquis, el Estado está lleno de gente seria y responsable que está trabajando para cumplir con las tareas que les paga la población” (DS, 2004).

Un súbito ataque de amnesia (semejante al que sufrirá al momento de comparecer como testigo en el juicio por el asesinato de Carlos Fuentealba) bloquea la mente del gobernador. Uno se pregunta qué ocurrió con la burocracia privilegiada y egoísta enquistada en el Estado. Uno se pregunta a dónde fue a parar la lucha contra el nefasto “modelo de dependencia”. De buenas a primera, el Estado aparece poblado de eficientes servidores públicos que merecen el enfático encomio del gobernador. Es que, para entonces, Sobisch ya sueña con la banda presidencial y sabe que necesitará del apoyo de todo el aparato estatal neuquino. De nuevo, son apenas palabras de ocasión que no alcanzan a disimular su convicción de que se requiere un Estado mínimo, y cuanto más mínimo, mejor.

Para el año 2005, Sobisch aplica un suave maquillaje a su proyecto al poner “la Educación, la Seguridad, la Salud y el Empleo” como “ejes centrales” de su “modelo” (DS, 2005). Pero el Estado sigue siendo exactamente el mismo, un “dinamizador de la actividad pública y privada”. En un inusual intento de precisar conceptos, Sobisch dice:

“En Neuquén, de la mano de un proyecto político, definimos un rol para el Estado. Hace algunas décadas era posible pensar en un Estado que planificaba todo, que trabajara centralizadamente y que asumiera todo tipo de funciones ejecutivas. En el otro extremo, en épocas más recientes, el Estado fue considerado como un estorbo. *La necesidad de un Estado ‘mínimo’* llevó a su demolición, suprimiéndose y recortándose muchas de sus funciones, mediante achicamiento y privatizaciones. En la Argentina de los últimos quince años convivimos con ambas corrientes. Creo que la política del Movimiento Popular Neuquino encontró el equilibrio justo entre estas dos corrientes para no destruir el Estado, para que la privatización no sea un fin en sí mismo y que la política y la continuidad de la política y la gestión, marquen cuál era y es y debe ser el Estado que nosotros queremos” (DS, 2005).

Causa estupor hallar esta reflexión en labios de quien, con fanatismo, intentó demoler el Estado hasta sus cimientos. Como se recordará, el *slogan* del 2001 no era otro que “más inversión privada, menos presencia del Estado”. Pero ahora, mientras va rumiando su candidatura presidencial, Sobisch se ve forzado a inclinarse hacia una suerte de tercera posición que abreva en las raíces neo-peronistas del MPN. Ya no es Sobisch quien habla, sino el partido provincial. A contrapelo del proyecto de reducir la planta de personal y congelar salarios (mediante la malograda ley de la función pública del año 2000), ahora se pavonea de los sueldos y de la cantidad de agentes del sector público. Pese a todo, contrariando la noción de equilibrio entre las dos ortodoxias criticadas más arriba, Sobisch vuelve a elogiar la “desregulación” y la “menor presión impositiva” impulsadas por su administración. Y en este sentido, enfatiza:

“Si sumamos la totalidad de los empleados públicos provinciales y municipales nos encontramos que cuarenta y ocho mil neuquinos *dependen directamente del Estado*. Si incluimos a sus familias, llegan casi a 200.000. ¿Es razonable que sobre 500.000 habitantes haya esta cantidad? Sí, en una provincia como la nuestra, porque estamos creciendo, porque el Estado tiene un rol dinamizador de la economía y el Estado tiene que acompañar el crecimiento de nuestra provincia con los servicios esenciales. De manera que, a nuestro juicio, es razonable” (DS, 2005).

Pero de inmediato vuelve por sus fueros y arriesga que sería conveniente destinar más fondos públicos para incentivar al sector privado:

“Si con tan sólo el 20% [del presupuesto] en estos últimos cinco años hemos generado este crecimiento; si hiciéramos un Estado entre todos, sin criticar a nadie sino con un debate serio y responsable, *un poco más chico*, y *pudiéramos destinar como mínimo un 10% más al desarrollo de la actividad privada*, seguramente la provincia crecería mucho más rápido en beneficio de los habitantes de nuestra provincia” (DS, 2005).

Es dable preguntarse, con legítimo asombro: ¿qué diferencia puede haber entre un “Estado mínimo” y un “Estado un poco más chico”? ¿Será apenas una diferencia del 10 por ciento? Las propias palabras del mandatario nos eximen de mayores comentarios: sigue convencido de que el Estado es un obstáculo que debe ser removido a fuerza de un sostenido drenaje de recursos en beneficio de los empresarios amigos.

Ya lanzado a su campaña por la presidencia de la Nación, a mediados del año 2006, Sobisch revela su íntima visión sobre el Estado. En el “libre juego de la producción y el trabajo, -dice el gobernador- el Estado juega un factor preponderante, porque es quien fija las reglas de juego para que las ganancias se conviertan en un bien que beneficie en forma equilibrada, tanto al empleado como al empleador” (DS, 2006). He aquí, “la verdadera esencia de la discusión de la economía”, esto es, “una política económica

que [...] generará en un equilibrio entre el Estado y *su función principal que es la de promover la inversión privada*, brindar Seguridad, Salud, Educación y construir un escenario que nos permita mirar con tranquilidad el futuro” (DS, 2006). Se trata, en definitiva, de un Estado “promotor, administrador y encargado del contralor de la cosa pública” (DS, 2006). Con ínfulas de gran estadista, Sobisch recuerda la frase que Bill Clinton acuñara en su campaña contra Jorge Bush padre: “Es la economía, estúpido”. Sobre esta base, aduce que la economía y “un Estado que planifica, que gestiona, que tiene continuidad y una participación activa de sus ministerios, secretarías de Estado y de sus empresas públicas, conforman el punto de equilibrio para llegar a todos aquellos sectores que no puede llegar la actividad privada, privilegiando el servicio y una verdadera descentralización provincial, atendiendo a las zonas más desprotegidas” (DS, 2006). Esto es, ni más ni menos, que el Estado mínimo; el Estado que sólo hace aquello que no es rentable para el sector privado.

Hacia el final de su segundo ciclo en el poder, Sobisch echa a rodar la noción de “Estado incentivador”. Se trata de apenas un cambio de palabras que mantiene intacto el rol subsidiario que le tiene asignado en su diseño político. Así, “el Estado no es un fin, sino una herramienta para concretar políticas y, por lo tanto, necesita de un proyecto político sustentable. Y si el Estado no funciona o aparece como ausente, es sencillamente porque no existe un proyecto político. El proyecto político necesita de esta herramienta, el Estado, y lo necesita bien aceitado, moderno, eficiente. Sin nada que sobre, pero también sin nada que falte”. “Nuestro diseño político -añade- no sólo contempla atender a los deberes indelegables del Estado, sino también aplicar la noción de Estado incentivador, para impulsar el desarrollo de las actividades económicas que estratégicamente necesita la provincia” (DS, 2007). Como la obstinada realidad de la resistencia sindical ha frustrado sus intentos de pulverizar el aparato estatal, Sobisch no tiene más remedio que aceptar ese Estado realmente existente en Neuquén. Pero, increíblemente, se arroga el mérito de haber mantenido en la órbita estatal las empresas de servicios públicos, la obra social y las jubilaciones de los empleados públicos: “[e]n lugar de desprendernos de las empresas públicas estratégicas, privatizar el banco provincial o transferir el sistema previsional provincial apuntamos a modificaciones que significaran construir un Estado más eficiente y transparente. Qué alegría que se acaba de sancionar en el Congreso Nacional la restitución de elegir las obras sociales estatales. Qué alegría para aquellos que no los entregamos a pesar de las presiones de los gobernantes de aquella época” (DS, 2007). Sobisch miente y lo hace con un solo propósito: insultar y provocar a los sindicatos y organizaciones sociales y políticas que contribuyeron decisivamente a evitar la demolición de las empresas estatales⁷. En rigor, como lo corroborarán los hechos de abril del 2007, Sobisch nunca abjura de su fe en un Estado de mínima extensión y máxima violencia. Las vaguedades retóricas con las que intenta suavizar su posición no alcanzan a eclipsar su convicción más pertinaz: el Estado debe ser una herramienta, pequeña pero letal, al servicio de los intereses dominantes y del partido hegemónico.

“Los neuquinos somos audaces”

El Movimiento Popular Neuquino suele mostrarse como campeón de las instituciones en tiempos de crisis, pero en tiempos “normales” no trepida en aplastar todas las barreras institucionales (cf. Lizárraga, 2007a; 2007b). Jorge Omar Sobisch practica con destreza esta duplicidad tan cara a su partido-Estado. Mientras modela un Estado a su medida -y a la medida de su partido y de la camarilla empresaria-, se exhibe como un hombre de acción, un intrépido timonel ya sea en aguas tranquilas, ya sea en mares procelosos. Poco le importan los vericuetos de la ciencia política y la claridad ideológica; lo suyo es pragmatismo a cara descubierta. Por eso, en tiempos de profunda debilidad política, al inaugurar su segunda época, no vacila en sugerir que es válido replantear la “*pertenencia política* si es necesario”. “Entonces podremos entender en toda su dimensión el alcance de conceptos como *ética, transparencia, consensos y actitudes democráticas*”, añade, sin dar demasiadas explicaciones (DS, 2000). En realidad, Sobisch interpela a los miembros de su partido que siguen alineados con la facción liderada por el caudillo histórico del MPN, Felipe Sapag, y a los legisladores opositores, de quienes depende para llevar a cabo sus designios. Son los primeros días de la presidencia de Fernando De la Rúa (1999-2001) y, en un escenario inédito, el MPN es minoría en el parlamento provincial. Pero el replanteo no es sólo para los adversarios, sino una confesión de que, en esta coyuntura, Sobisch necesita congraciarse con el gobierno nacional, siguiendo una línea partidaria que no ha conocido grietas en cuarenta años. Y siempre en

procura de afirmarse en el poder, ofrece algo así como una amnistía general, un borrón y cuenta nueva, acto que también ha sido propio del MPN en toda su historia reciente: “si hay que buscar responsables, hagámoslo; he manifestado públicamente que no lleva a nada” (DS, 2000; cf. DS, 2003). Sobisch, el magnánimo, acumula poder consagrando la impunidad propia y de los otros, un pacto de silencio regido por códigos que no son los de la democracia, ni de la ética, ni de la transparencia.

Ahora bien, las arcas del Estado están exhaustas y la recesión iniciada en 1998 empieza a hacer estragos en todas partes. Por eso, si bien Sobisch dice que no quiere buscar responsables de los males que atribulan a la provincia, en verdad lo hace, pero en el lugar menos pensado. A su juicio, los problemas de Neuquén no hallan explicación en los desaguisados del partido provincial, sino en los errores fundacionales. Sin ruborizarse, Sobisch descarga sobre las primeras mayorías dominantes en la historia institucional de la provincia, esto es, la UCR (en sus dos versiones, del Pueblo e Intransigente), la responsabilidad de haber dado las pésimas leyes que estructuraron la gramática del Estado neuquino. En otras palabras, todos los males deben remitirse a aquellos fundadores que concibieron un sistema parlamentario de mayoría y minoría, sin representación proporcional, y callaron ante la escandalosa proscripción del peronismo (cf. DS, 2000). Y aquí, en una reiterada auto-celebración narcisista, Sobisch exalta que no fue otro sino él quien puso fin a este esquema al introducir el sistema D’Hont para la elección de cargos legislativos (cf. DS, 2000, cf. DS, 2002). El borrón y cuenta nueva, entonces, no sólo se traduce en un pacto de silencio con sus compañeros de partido, sino también en una crasa periodización histórica que tiene a Sobisch como fundador del Estado neuquino moderno. Pero Sobisch no sólo se reserva el lugar del fundador; también quiere mostrarse como un gobernante virtuoso y, como tal, merecedor de las bendiciones de la diosa Fortuna.

Como vimos, los ejes centrales de la política sobischista a partir del año 1999 son la reforma del Estado, la acción social sostenida y el crecimiento económico. Pero su verdadera “política de Estado” es la alianza estratégica con Repsol-YPF. Al referirse a esta decisión, el mandatario reflexiona, en términos casi maquiavelianos, sobre el rol de la buena fortuna. Molesto porque le han dicho que el pacto con la petrolera fue un “golpe de suerte”, replica que esto no es cierto, porque el petróleo siempre estuvo ahí y nadie tuvo las agallas de concretar una acción como la suya. Y para redoblar la apuesta, anuncia una nueva alianza estratégica, esta vez con Microsoft. Cuando refiere cómo se llevó a cabo esta negociación, en la que intervino decisivamente el entonces vice-gobernador Jorge Sapag, comenta:

“Les dijimos [a los directivos de Microsoft] que tenemos gente con talento, con creatividad, que *los neuquinos somos audaces*, que vemos el futuro con *vocación* y con protagonismo. Que además del petróleo y los paisajes, tenemos jóvenes inteligentes y trabajadores, *capaces de hacer*, de crear, de aportar soluciones a los problemas que plantean los nuevos tiempos. Seguramente se puede volver a hablar de suerte. Seguramente se puede volver a hablar de improvisación. Si se habla de suerte, les digo que sí, que tienen razón, demos gracias a Dios porque tenemos suerte. Hay muchos que no la tienen. A los que hablan de improvisación, les propongo, pongamos ideas mejores y debatámoslas” (DS, 2001).

Macho sin par, hijo de la tierra, Sobisch es un neuquino audaz, talentoso, inteligente que, además, tiene la Fortuna de su lado. Es que, como decía Maquiavelo, la Fortuna es una hembra caprichosa, que suele rendirse ante los encantos de los valientes. Sobisch parece saber que la conservación del poder exige la fuerza del león y la astucia de la zorra. Pero a la luz de los hechos de abril del 2007, queda claro que confía demasiado en la fuerza del león y carece de la astucia que exige virar según cambian las circunstancias.

En mayo de 2002, cuando la clase política continúa asediada por el alzamiento popular de diciembre del año anterior, y cuando aún resuena el “que se vayan todos”, Sobisch intuye que debe refugiarse en el nicho de la derecha insomne, desde donde puede lanzar su carrera por la presidencia de la república. Si bien todavía no formula abiertamente su proyecto, se presenta como un hombre de acción, capaz de cumplir su palabra. Así, para diferenciarse del patético ex presidente De La Rúa, dice que un proyecto político “es el contrato social que se refleja luego en los actos de gobierno”. “Esta es la diferencia entre la promesa de un político y la acción de gobierno de este político, cumpliendo con lo que dijo en campaña” (DS, 2002). Sobisch ignora por completo los rudimentos de la teoría contractualista, pero recurre a la

vieja figura del contrato social para ofrecerse al electorado como un estadista que honra la palabra empeñada. “Algunos conciben la Constitución y las leyes sólo como un decorado, detrás del cual juegan con la existencia, dignidad y propiedad de la población”, critica Sobisch. En cambio, dice, “[l]a base de nuestro accionar es nuestro proyecto político, en el marco de la Constitución y las leyes, que nos obliga a actuar y no a ensayar detrás del decorado” (DS, 2002; cf DS, 2003). Le resulta muy fácil, y gratis, hacer leña del árbol caído, olvidando que el extinto gobierno nacional que ahora deplora fue su mejor socio para concretar la alianza estratégica con las petroleras. Pero lo más interesante es que, a tono con esa costumbre de escudarse en la ley en tiempos de crisis, Sobisch se presenta como garante de la institucionalidad y como ejecutor de los mandatos constitucionales y legales.

Navegando siempre hacia donde lo empujan los vientos, el gobernador neuquino dice lo que, a su entender, la conciencia media está dispuesta a digerir. Sus discursos están plagados de lugares comunes y reflexiones de peluquería. Así, por ejemplo, encomia la “fortaleza” de un proyecto político cuyo “principal objetivo es el ser humano y la igualdad de oportunidades”, sin detenerse por un instante a explicar qué entiende por igualdad de oportunidades, un concepto demasiado debatido en la literatura política contemporánea como para ser tomado a la ligera (cf. Rawls, 2000; Cohen, 2001a, 2001b). Ahora bien, el proyecto cuyo “principal objetivo es el ser humano” se hace añicos cuando Sobisch, desde la cúspide del poder, se arroga la facultad de perdonar y fijar la escala de lealtades deseables. “Estoy eternamente agradecido -dice- a los que me ayudaron y perdono a los que me agraviaron, porque el ciudadano que el pueblo nombra con el título de gobernador tiene la obligación indeclinable de respetar a Dios, a su pueblo, a la Constitución y a la ley” (DS, 2003). Sobisch emerge aquí como un servidor de la voluntad divina, en primer término, y de la ley, en un último y lejano lugar. La invocación al pueblo tampoco es menor, puesto que en el ideario sobischista esa abstracción llamada “pueblo” viene, siempre y en todo momento, a legitimar cualquier tropelía contra las propias leyes y contra aquellos que, como veremos, son extraños al “pueblo” neuquino.

El gobernador habla, con tono de melodrama, desde “lo más profundo de [sus] convicciones y naturalmente de [sus] sentimientos” (DS, 2004). Y, como anticipamos, sus convicciones están ancladas en una lealtad primaria a los designios divinos y modeladas según las conveniencias del aquí y ahora. No es casual, entonces, que inaugure las sesiones legislativas del 2005 con un homenaje al difunto Papa Juan Pablo II, a quien califica como “el gran trabajador de la paz, el gran trabajador de la solidaridad y de la unión de todos los pueblos del mundo y [que] como consecuencia de esto, sin lugar a dudas, [fue] quien más trabajó por todos los trabajadores” (DS, 2005). En momentos en que el gobierno del presidente Néstor Kirchner mantiene una fuerte pulseada con la cúpula del catolicismo vernáculo, Sobisch rinde homenaje al pontífice muerto. En busca de los favores de la Iglesia Católica, Sobisch también recurre a los dichos del cardenal Jorge Bergoglio, archienemigo de los Kirchner, para justificar su proyecto de reforma constitucional y, en particular, la reforma política que impide la reelección perpetua y las candidaturas múltiples. Pero no se queda allí; en una chicana memorable, invoca la bendición del obispo neuquino Jaime De Neves quien, en 1991, le envió una nota de aliento, y le ofreció sus oraciones y saludos afectuosos (DS, 2005). Con la Fortuna de su lado, y con la bendición de pontífices, cardenales y obispos, sale en busca de sanción académica para sus fantasías presidenciales.

Para darle lustre a su rústico discurso, Sobisch comienza, en vísperas de su campaña presidencial, a justificar su proyecto invocando la autoridad de pensadores y economistas mundialmente reconocidos⁸. Asimismo, para asegurarse el apoyo monolítico de su partido, describe al MPN como hacedor de la excepcionalidad neuquina. De nuevo, los males son atribuibles a los fundadores de la provincia, en cuya época la mortalidad infantil, por caso, era de 118 por mil, el analfabetismo llegaba al 20 por ciento, y la expectativa de vida orillaba los 47 años. Si algo cambió, dice Sobisch, fue gracias al Movimiento Popular Neuquino.

⁸ “El proyecto político que comenzamos a construir hace más de cuarenta años ha cambiado totalmente esa realidad; nuestro proyecto político está basado en *la planificación, la continuidad política y la gestión*. Nuestro proyecto político se asemeja a la teoría que le valió el Premio Nobel al matemático John Nash, en contraposición a las ideas de Adam Smith. Adam Smith: ‘el máximo nivel de bienestar se genera cuando cada individuo, en forma egoísta, persigue su bienestar individual y nada más que ello’. Nash, en cambio, descubre que *una sociedad maximiza su*

nivel de bienestar cuando cada uno de los individuos acciona a favor de su bienestar, pero sin perder de vista también a los demás integrantes del grupo. Y aquí viene la reflexión que tiene que ver con la gran cantidad de gente que vino a nuestra provincia durante tantos años. Esa gran cantidad de gente vino en busca de un mejor bienestar, seguramente con un criterio individualista, pensaba primero en su familia, en sus hijos pero se encontró con un gobierno del Movimiento Popular Neuquino que aplicaba a su gestión un espíritu similar al enfoque de Nash” (DS, 2005).

Conviene detenerse en este fragmento, que resume como pocos la visión sobischiana de lo político en la provincia de Neuquén. En primer lugar, según Sobisch, el éxito del Movimiento Popular Neuquino se debe a una virtuosa combinación de “planificación, continuidad política y gestión”. Es preciso señalar que, en rigor, salvo por algunos lineamientos generados desde el Copade (que pocas veces se tradujeron en políticas de largo plazo), la planificación ha sido apenas una palabra fetiche convenientemente utilizada por todas las administraciones emepenistas. Pero es cierto, por lo demás, que el MPN logró una inigualable continuidad en el poder y una distintiva capacidad de gestión. La simbiosis partido-Estado ha generado una eficaz burocracia -sobre todo en los niveles técnicos- que garantiza el funcionamiento del aparato estatal⁹. (Ningún otro partido político en la provincia estaría en condiciones -al día de hoy- de conducir las riendas del Estado sin el auxilio de esta burocracia de los niveles intermedios).

Con todo, lo más notable es que Sobisch diga que su partido no ha seguido la teoría smithiana que atribuye a la persecución de intereses egoístas la consecuencia no intencionada de generar el máximo bienestar general. En verdad, es ajeno al lenguaje smithiano la noción de maximización del bienestar (noción que recién sería introducida por los utilitaristas del siglo XIX). Por otra parte, la teoría de Smith no realiza, como insinúa Sobisch, un elogio acrítico de la acción de la mano invisible que armoniza las acciones egoístas. A Smith no se le escapa el hecho de que sólo en condiciones ideales la mano invisible explica la concurrencia benéfica de preferencias e intereses individuales, y sabe muy bien -y así lo advierte- que las coaliciones de poderosos alteran el funcionamiento “natural” del mercado. La introducción de las ideas de John Nash (quizá inspirada en el éxito de la película *Una mente brillante*) también conlleva una crasa vulgarización. En rigor, lo que Nash demuestra (y formaliza) en su teoría del equilibrio es que no existen soluciones óptimas si se sigue una lógica maximizadora individual, algo sabido hasta el hartazgo desde tiempos de Karl Marx. Además, en su teoría de las negociaciones, Nash elabora la noción de un reparto óptimo que, en función de los niveles de utilidad, siempre termina beneficiando a los que más tienen (o tienen menos que perder). En otras palabras, en un juego no cooperativo entre un rico y un pobre, la racionalidad exige que el rico gane más, por cuanto sus niveles de utilidad (en tanto satisfacción) son más altos, y porque el rico puede sostener por más tiempo el punto de no-acuerdo (cf. Barry, 2001: 25-54). Nash no introduce una noción solidaria, como insinúa Sobisch, sino un refinamiento de la racionalidad individual para asegurar un resultado cercano al óptimo (que siempre consagra la desigualdad). No es cierto entonces, como dice Sobisch, que “[a]l igual que el Premio Nobel, Nash, el Movimiento Popular Neuquino, propone el bienestar individual de cada uno de los individuos, pero sin perder de vista el bienestar general” (DS, 2005).

Pero a Sobisch no le interesan las disquisiciones teóricas *per se*. Su propósito es otro, mucho más silvestre y feroz. El gobernador quiere apuntar su dedo acusador hacia aquellos que han venido y vienen de otras provincias, movidos -en opinión de Sobisch- por intereses individualistas. En ese “afuera” tenebroso reina el egoísmo, mientras que en la excepcional insularidad neuquina el *ethos* emepenista asegura el equilibrio entre los fines individuales y el bienestar general. Echando mano de teóricos de renombre, Sobisch fija las fronteras entre un “afuera” hostil y un “adentro” acogedor y virtuoso. *Neuquén es confianza*, es solidaridad; Neuquén es MPN. Como veremos más adelante, estas coordenadas espaciales son esenciales para comprender la política represiva del sobischismo.

Ya en vísperas del final de su mandado, Sobisch se anima a pensar en voz alta sobre las consecuencias de su pensamiento político. En un rudimentario ejercicio de historia monumental autocomplaciente, señala que los edificios de la nueva legislatura y el futuro edificio del poder judicial son “consecuencia del pensamiento político, de la fortaleza del pensamiento político [...] Los edificios [...] son importantes en función de las ideas y los ejemplos que seamos capaces de construir en esos espacios para nuestro presente y para, naturalmente, nuestro futuro” (DS, 2006). Un sueño de bronce lo desvela; se siente

acreedor de honras ciudadanas por haber introducido el sistema de representación proporcional y por haber impedido la reelección indefinida del gobernador. Los grandes edificios son testimonio de su triunfo, prodigios que diluyen los errores pasados. Así, en un insólito *mea culpa*, que se da de bruces con sus condenas a los fundadores del Estado neuquino, señala: “[a] veces nos equivocamos y obviamente, tantos años que lleva en el gobierno este partido [que] no le podemos echar la culpa a nadie. Esperemos que no cambie, algunos quieren, otros no” (DS, 2006). Si algo define a un reaccionario es precisamente su fobia al cambio; y Sobisch lo dice sin ambages: lo mejor para Neuquén, a pesar de los errores, es que nada cambie.

Siempre en tono emotivista, reñido con los argumentos bien articulados, Sobisch comienza a despedirse haciendo un balance no ya de su gestión sino de su propia vida, un balance del que sale -por supuesto- airoso ya que, en “promedio”, cree haber hecho lo correcto. Al hablar de política, se sitúa, nuevamente, como un hacedor inmune al descrédito que pesa sobre la clase dirigente. Dice Sobisch:

“Hacer política en la Argentina, en la Argentina de hoy, es un desafío. Políticas y políticos han sido el centro de la crítica social en los últimos años. Esta desilusión plural y angustiada se expresa en el descreimiento y la desconfianza hacia las instituciones. Es la expresión de un fracaso lento pero persistente: el de un país rico que se sumerge en la pobreza y nos preguntamos: ¿es el pueblo argentino el que ha fracasado?, ¿ha fracasado la democracia?, ¿han fracasado los políticos?, ¿tienen razón los políticos que hacen del diagnóstico una profesión y de la ausencia de propuestas una religión?, ¿tienen razón los políticos que asumen el poder?” (DS, 2007).

Sobisch no se especializa en diagnósticos; al contrario, se siente bien dotado para el ejercicio de la política como técnica. No necesita diagnósticos, le basta y sobra con su intuición y su instinto (y su buena suerte). No quiere ser un denunciador, sino un hombre de acción, de gestión. “La gran paradoja del país es que teniendo una gran riqueza de recursos naturales y humanos ha caído en la pobreza”, dice. Y añade: “esto lo saben bien los denunciadores. Pero ¿son los denunciadores inocentes y sólo los hacedores los culpables de esta situación? De nada sirve el doble discurso de pelear por el poder y, al mismo tiempo, atacarlo sobre la base de que es sinónimo de corrupción o autoritarismo. Es cierto, se ha ejercido el poder sin respetar la Constitución. *No la respetaron los militares que tomaron el poder por la fuerza ni los gobernantes elegidos democráticamente*” (DS, 2007). El fracaso, si se lee con cautela, es de los políticos “denunciadores”; la salvación vendrá de la mano de los hacedores. Poco importa si se respetan las leyes, siempre y cuando exista un ejercicio decidido del poder. El fundamento último de lo jurídico (y de la soberanía) parece estar, en términos schmittianos, en las decisiones del gobernante. Sobisch no lo sabe, pero actúa como si lo supiese (de esto se trata, en definitiva, la ideología).

Imaginándose elegido para conducir los destinos del Estado nacional, sostiene que una vez instalado en su sitial, el gobernante “debe necesariamente convertirse en un hombre de Estado para ejecutar a través del Estado sus propuestas”. “Es una tarea dura y responsable donde el gobernante debe ejercer el poder que le han delegado. *No es una etapa para desparramar simpatía sino para ejercer con una gran responsabilidad la obligación de planificar, gestionar y dar continuidad a las cosas del Estado*” (DS, 2007). Dándose otro baño de autoridad intelectual, recurre a Albert Einstein y pregona: “si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo” (DS, 2007). Parece que Sobisch no entiende lo que lee.

El brazo armado de la ley

Confianza en su audacia, sus destrezas para gestionar, su decisionismo bravucón y la protección del cielo y la diosa Fortuna, Sobisch encara los conflictos sociales en busca del mismo resultado y con una única receta: la represión. Una de dos: o no comprendió a Einstein o nunca estuvo en sus planes hacer algo distinto. Tal vez ambas respuestas sean verdaderas. Lo cierto es que, anticipándose a las tensiones y conflictos sociales que su política de ajuste tiende a generar, Sobisch inicia su segundo gobierno creando la Subsecretaría de Seguridad Ciudadana y Justicia, la cual debe, según sus propias palabras, asumir “la difícil tarea de revertir junto a toda la sociedad civil una sensación y la inseguridad real de los ciudadanos”. “Tenemos la sensación y también tenemos la inseguridad real que todos tenemos que combatir”, asevera el gobernador (DS, 2000). La inseguridad “real”, como se verá, es mucho más que una simple cuestión de delincuencia común. El Estado mínimo de Sobisch exige máxima vigilancia y

capacidad represiva; exige un *aparato organizado de poder represivo* que responda sin chistar a las más mínimas insinuaciones del gobernador.

A principios de su segunda época en el gobierno, Sobisch anuncia que ha tomado la “decisión política de jerarquizar, equipar y profesionalizar a [la] Policía provincial, redefiniendo su rol de servidor público con estrategias que apunten a la prevención más que a la represión”. “[N]o tenemos que utilizar a la policía para que reprima, tenemos que acostumbrarnos en el marco de las ideas a poder expresarnos libremente”, sostiene Sobisch (DS, 2000). Es notable; el gobernador parece intuir que la represión no es una respuesta legítima a la libre expresión. Sin embargo, está lejos de sospechar que, por ejemplo, los cortes de ruta no son delitos comunes, sino formas de expresión de un malestar que de otro modo no se haría visible. Lo más avanzado de la teoría política contemporánea (casi siempre varios pasos por delante de la propia legislación penal), privilegia el derecho a la expresión por sobre el derecho a la circulación (cf. Gargarella, 2006: 20 y ss.). Pero, como siempre, Sobisch dice lo que queda bien, sin reparar en las implicaciones más profundas de algunas de sus palabras. El asesinato de Carlos Fuentealba es el más rotundo mentís a las ladinas efusiones progresistas del gobernador.

En los hechos, Sobisch invierte no sólo voluntad política sino enormes sumas de dinero para dotar a la policía de un moderno equipamiento de vigilancia y represión (cf. DS, 2000, 2001). Y mientras, por un lado, no se cansa de demonizar a los trabajadores estatales, por otro, no deja de derramar elogios sobre su amada familia policial. En el discurso del año 2002, se ufana de haber impuesto el requisito de estudios secundarios para los integrantes de la fuerza: “antes eran sólo tres meses de capacitación; fíjense lo peligroso que era darle a una persona con sólo tres meses de capacitación el poder de portar un arma y el poder de llevar un uniforme que representara ser [sic] la herramienta que depende de la Justicia” (DS, 2002). Si el gobernador es consciente del peligro que entraña un arma en manos de quien no está en condiciones de llevarla, cabe preguntarse por qué el cabo primero José Darío Poblete, condenado por vejaciones y apremios ilegales, fue elegido para actuar en la represión de Arroyito. Toda la retórica sobre la capacitación se desmorona en un solo acto, que no hace sino confirmar el sangriento historial de la policía neuquina.

El discurso sobischista sobre la seguridad y la paz social viene asociado a uno de los engendros propagandísticos favoritos del gobernador: la confianza. En el 2003, Sobisch busca denodadamente mostrar una imagen de paz y armonía porque, a su juicio, un clima de orden social es atractivo para las inversiones. En ese sentido, señala: “[t]omamos todos los recaudos para garantizar la paz social en la Provincia; atenuamos, en algunos casos, y dimos solución en otros a *los conflictos reales* [...] y estamos trabajando con cautela y tolerancia en la solución de conflictos que aún prevalecen en la Provincia” (DS, 2003). Sobisch enfatiza la expresión “conflictos reales”, esto es, aquellos que él considera como tales. Y no se trata, por supuesto, de los conflictos protagonizados por los sindicatos estatales, sino de asuntos como la demanda de tierras por parte de crianceros y fiscaleros, etcétera. Los reclamos salariales de los trabajadores no son parte de la conflictiva “realidad” provincial. Para construir confianza y paz social, el gobernador afirma que la acción social sostenida y el sistema de seguridad deben ser elementos complementarios. “Buscamos proteger, *en primer lugar, la vida y los bienes de las personas*; así como nuestros recursos naturales, nuestra fauna, nuestros lagos y ríos; dándole así una mirada integral a la seguridad en nuestra provincia” (DS, 2005). De nuevo, se trata de un palabrerío para la claque que lo aplaude desde la barra; porque si la vida es el primero de los derechos protegidos por el sobischismo, resulta incomprensible que el gobernador ponga tanto empeño en montar un letal dispositivo de represión que responde a sus más ínfimos ademanes. A menos que, claro está, la vida de un docente no califique como tal, que sea la vida de un simple organismo, despojada de toda subjetividad y derecho; *nuda vida*, según Giorgio Agamben.

Las invocaciones sobischianas a la protección de la vida se llevan muy mal con la fascinación que experimenta el gobernador ante la vertiginosa notoriedad que cobra, en 2005, el falso ingeniero Juan Carlos Blumberg tras el secuestro y asesinato de su hijo Axel. Alentado por el creciente clamor de mano dura que lidera el empresario textil, Sobisch comienza a urdir su política de tolerancia cero, a imitación del modelo neoyorkino implementado por el alcalde Rudolph Giuliani¹⁰. Sobisch dice:

“Una parte importante del delito está ligada estrechamente al cuadro general del deterioro social. Esto requiere brindar una mejor alimentación, mejor educación, mejor trabajo, una mayor presencia del Estado y una participación efectiva de todos los actores sociales y, en última instancia, la Justicia y el brazo armado de la ley, que es la Policía. Hoy la seguridad se enfrenta a nuevas amenazas globales como el terrorismo, el flagelo de las drogas y nuevos delitos a los que nuestra población no está acostumbrada. No es de extrañar, entonces, que siendo nuestra provincia la de mayor ingreso *per capita* y la de menor desocupación, se pueda convertir en un bocado apetecible para las bandas organizadas. Sobre todo teniendo en cuenta que las políticas de seguridad de las provincias más populosas, están más focalizadas en forzar la migración de la delincuencia que en dar una solución de fondo” (DS, 2005).

Sobisch atribuye buena parte de la creciente criminalidad a la situación de “deterioro social” y, por ello, aboga por una mayor presencia del Estado, guardando como último recurso el uso de la fuerza pública. Aunque la ecuación pobreza=delito no resiste el más elemental análisis, lo que aquí interesa es que, para Sobisch, la criminalidad común no representa un desafío importante. Sus miras están puestas en otras “amenazas globales” y en el crimen organizado. Otra vez, y no por casualidad, Neuquén aparece como una ínsula beatífica amenazada desde el exterior por las bandas de delincuentes que quieren asolarla con sus fechorías. Si hay inseguridad en Neuquén, piensa Sobisch, es porque Neuquén es rica y pacífica; si hay inseguridad es porque en otras provincias sólo se ocupan de expulsar a los delincuentes. Ignora Sobisch que ésta es precisamente una de las tácticas preferidas por los promotores de la tolerancia cero; esto es, la doctrina “rompehuevos”, que consiste en poner presión sobre sectores de altas tasas de delincuencia para provocar el desplazamiento territorial de las bandas (cf. Wacquant, 2007: 135-140). De todos modos, el aspecto crucial es que la “amenaza” ocupa, en el discurso sobischiano, un espacio “exterior” a la neuquinidad: las amenazas vienen siempre de afuera, ya sea bajo la guisa de delito, ya sea como fuerza laboral que compite con la mano de obra local, ya sea como demanda de camas en los hospitales públicos. Allá afuera está el peligro; aquí adentro están el MPN, Sobisch y su bendita policía. La topografía ideológica de Sobisch crea un espacio tópico (Neuquén), seguro y armónico, al tiempo que sitúa el peligro en el espacio heterotópico (todo lo que está por fuera del Neuquén). El miedo es un muro que rodea a la feliz neuquinidad amenazada desde afuera; el espacio tópico, asediado por mil plagas alienígenas, coincide, necesariamente, con el espacio utópico: el Neuquén de la confianza. Aquí adentro están los felices, inocentes y laboriosos neuquinos, cual *hobbits* de la comarca; de allá afuera vienen los egoístas que no piensan en el bienestar general, de allá afuera vienen criminales de todo pelaje.

Para que la ínsula de la confianza quede definitivamente libre de indeseables, Sobisch no repara en gastos y monta una fenomenal estructura de vigilancia y castigo. Pero ya no se trata de castigar a los que cometen delitos (efectivamente probados ante un tribunal), sino de capturar a los potenciales infractores de la ley y el orden, a los sospechosos de siempre. Al estilo de la película *Minority Report* -o quizás en una versión patagónica de la ya mencionada estrategia “rompehuevos”-, el gobernador quiere “cambiar el viejo paradigma del trabajo policial, que era descubrir los autores del delito después que el daño estaba hecho, por un nuevo paradigma: interceptar a los delincuentes antes de que logren delinquir” (DS, 2005). Cuando se interpreta la decisión de “interceptar a los delincuentes antes de que logren delinquir” a la luz de los acontecimientos del 4 de abril de 2007, es lógico concluir que la represión que acaba con la vida de Carlos Fuentealba viene ordenada, precisamente, en función de este “nuevo” paradigma policial, un paradigma que postula al delincuente *ex ante*, violentando las mínimas garantías legales existentes. Y para que semejante paradigma se traduzca en acciones eficaces, Sobisch impulsa un dispendioso programa de compras que implica duplicar el presupuesto en seguridad. Dice Sobisch: “[c]onstruir un sistema de Seguridad no es descabezar a las fuerzas armadas y a las fuerzas de seguridad; con eso simplemente se hace un acto de demagogia e irresponsabilidad y al mismo tiempo de debilitamiento de aquellas fuerzas armadas que nos ha puesto la Constitución y la ley para que nos defiendan” (DS, 2005). Sobisch junta en la misma bolsa a las fuerzas armadas y de seguridad, fiel a su visión militarizada sobre cómo ha de resolverse el “problema” de la inseguridad. Evidentemente, el gobernador se arma para la guerra, y sólo espera el momento oportuno para descargar un golpe aleccionador sobre sus enemigos.

Una y otra vez, Sobisch asocia mecánicamente la marginalidad con el delito, a tal punto que llega a calificar a aquella como “una de las usinas en la cual se asienta parte de la delincuencia” (DS, 2006). Sin embargo, la criminalidad vinculada a las deplorables condiciones de vida en el Neuquén de la confianza

no es lo que le quita el sueño. Lo desvelan otros actores que, a su juicio, amenazan los fundamentos mismos de la *Pax Neuquina*. Por eso, explica:

“[N]aturalmente la inseguridad no se genera solamente a partir de la marginalidad. El terrorismo, el narcotráfico, la disolución familiar, *la falta de compromisos de muchos, la demagogia fácil, las operaciones políticas a través de la violencia activa o encubierta en operaciones de prensa y tantos otros que generan más conflictos que la propia pobreza y que la propia marginalidad*. Tenemos la obligación de discutir estos temas y que funcionen los controles que nos marca la Constitución, que son nada más ni nada menos que las leyes sancionadas y las que deberemos sancionar para *combatir estos flagelos*. Porque caer en la simpleza de que a los problemas de la inseguridad se los resuelve con la fuerza en términos políticos es la peor solución porque habla de una sociedad en crisis, que no puede resolver sus problemas a través de los cauces institucionales” (DS, 2006).

Está todo dicho: el catálogo de delincuentes incluye a los marginales, a los terroristas, a los narcos, y a todos los que no se humillan ante el poder sobischista. Las palabras de Sobisch tienen destinatarios concretos: la violencia activa es la de los sindicatos estatales, especialmente el sindicato docente, que, a principios de 2006, le propina un severo revés político a través de una prolongada huelga que incluye cortes de ruta y masivas movilizaciones en toda la provincia; la violencia encubierta no es otra que la de la prensa no-adicta, que ha denunciado muchos los desaguisados cometidos por el gobernador. En particular, la furia de Sobisch se dirige contra el diario *Río Negro*, con el que mantiene una feroz disputa en torno de la asignación de fondos de la publicidad oficial. Por todo esto, Sobisch se entrega a un desenfrenado derroche de recursos para “tener un sistema de registro y de información que [...] permita llegar antes que se consuma el delito” (DS, 2007). En rigor, nunca piensa en un plan de seguridad para solucionar el “problema” de la delincuencia convencional; muy por el contrario, y tal como lo demuestran sus propios dichos, el gobernador pone en marcha un auténtico *aparato organizado de poder* destinado a amedrentar, reprimir y/o suprimir a sus adversarios políticos.

Los enemigos, los otros, los extraños

Montado sobre un Estado que tiende a cero, una policía híper-equipada (y lista para matar) y un mapa mental que pone el *locus* de las amenazas al orden en un “afuera” abominable, Sobisch se empeña en dibujar con precisión el rostro de su enemigo. En todos sus mensajes se toma un buen tiempo para apuntar el dedo acusador hacia aquellos que, a su entender, perturban la paz y desafían a las instituciones. Uno a uno, va sumando epítetos que trazan la fisonomía del mal, en un juego maniqueo y violento. A poco de asumir su tercer mandato (1999-2003), se regodea con el cúmulo de inversiones privadas que están por venir y advierte: “*Aquí se trata de construir rutas, no de cortarlas. Los que quieran seguir cortándolas que lo hagan. La sociedad y el gobierno ya tomamos posición. No a la represión pero también no a la presión*” (DS, 2000). La cancha está marcada: por un lado, los que cortan rutas; por otro, “la sociedad y el gobierno”. De un solo plumazo, ha excluido de la “sociedad” a quienes protestan sobre las rutas. Además, resulta sintomático que, a un mismo tiempo, diga “no a la represión”, “no a la presión” y que haga un gesto que parece autorizar el corte de rutas. En realidad, estas palabras ponen de manifiesto que Sobisch es un perverso; sabe perfectamente que al decir “no a la presión” está anulando la frase “no a la represión”. Sobisch juega el juego del super-ego lacaniano que no prohíbe gozar sino que manda el goce (cf. Zizek, 2002). Sobisch dice, en verdad: “Miren, nadie, ni siquiera yo, les prohíbe cortar rutas; si quieren, vayan y corten, yo no voy a reprimirlos, pero tampoco voy a dejar que me presionen. Si algo horrible les ocurre, no es problema mío. Cualquier cosa que les pase es porque ustedes lo quisieron”.

El rostro de los orcos que asedian la comarca neuquina se hace aún más nítido cuando el gobernador alude a quienes se manifiestan ante las puertas de la Legislatura provincial (algo que, hasta el 2006, ocurre todos los años, al coincidir la apertura de sesiones con los actos por el Día del Trabajador). Burlándose de la magra cosecha electoral de las organizaciones de izquierda, Sobisch sostiene que “algunos de los que no lograron el reconocimiento del tres por ciento de la población y en consecuencia no tienen voz en este recinto, resentidos por la falta de reconocimiento de la ciudadanía, demuestran su intolerancia atacando a la sociedad que no los votó”. “El fuego, el humo y el daño a la propiedad y a los monumentos que honran a nuestros próceres representan su forma de pensar y actuar”, pontifica el gobernador (DS, 2001). Los enemigos del gobierno y de la sociedad son, Sobisch *dixit*, unos resentidos,

unos intolerantes que atacan a la sociedad con humo y fuego, que destruyen propiedades y no se avienen a honrar a los próceres. “Pueblo y gobierno -dice Sobisch- ya saben perfectamente que están unidos frente a la violencia y a los intentos de disgregación que *buscan el vacío del poder y el hueco para sembrar la anarquía* y para adueñarse de los espacios que no les han conferido las urnas” (DS, 2001). De nuevo, la diada maniquea: pueblo y gobierno contra los violentos que quieren tomar el poder por la fuerza y sembrar el caos. Pero hay algo novedoso: Sobisch presenta un escenario de amenaza al orden institucional que, aunado a la emergencia económica, viene a configurar algo así como un estado de excepción donde quedan suspendidas, de hecho, todas las garantías ciudadanas. En el estado de excepción, cada ciudadano puede ejercer por sí solo la soberanía y hacer lo que considere preciso para preservar el orden jurídico amenazado. Desde la perspectiva de Sobisch, Poblete es un héroe, un restaurador de la norma¹¹.

Sobisch utiliza, sistemáticamente, una lógica binaria de amigo-enemigo y lo hace arrogándose la facultad de fijar a su modo los bandos en pugna, tal como se lo permite el escenario de excepción que acaba de insinuar. Y dice:

“No vamos a entrar en el juego de la represión, para crear el bando de los represores y de los reprimidos, porque aquí no existen esos bandos y *el pueblo es sólo uno, el de los neuquinos*. La decisión no es fácil pero la he asumido con convicción. Ya vivimos esta experiencia en la Argentina, el mensaje a nuestros hijos es claro: no iremos a ninguna parte de la mano de la violencia” (DS, 2001).

Estas expresiones contienen en buena medida el núcleo duro del pensamiento de Sobisch. El gobernador desea reprimir, quiere jugar el “juego”, pero necesita cambiar el nombre de los jugadores y del juego mismo. Si el juego es el de la represión, piensa Sobisch, se generarán dos bandos -represores y reprimidos-, y cree que no le conviene ocupar el lugar del victimario-represor. Sobisch presume haber aprendido una lección: los reprimidos siempre cobran más fuerza desde el lugar de la víctima. Por eso, suprime esta diada y postula otra: los neuquinos (el pueblo) contra los no-neuquinos (el no-pueblo). La neuquinidad es un *nosotros* arbitrario que define, por oposición, al otro extraño, anómalo, un no-ciudadano al cual no se le reconoce siquiera la condición de sujeto. El “otro” no-neuquino es un nadie, está fuera del pueblo; es el alienígena que amenaza el orden y la paz del planeta neuquino. Por consiguiente, los jugadores ya son otros; también lo es el juego: no se puede reprimir a quienes no existen. Matar a un maestro es lo mismo que aplastar un triángulo de cuatro lados.

Repugna entonces observar cómo, cual Martín Fierro estepario, Sobisch no se priva de ofrecer consejos a sus hijos: la violencia no conduce a ningún lado, enseña con vehemencia. Pero la violencia que Sobisch desaconseja no es la violencia del Estado (que utiliza repetidas veces y sin vacilar), sino la violencia de la protesta social. Esa violencia que no lleva “a ninguna parte” es la violencia de los otros. Si se lee con cuidado, el consejo de Sobisch contiene una terrible amenaza: quienes usen la violencia no llegarán a ninguna parte. Los violentos, esto es, los enemigos de Sobisch, no llegarán *a ninguna parte*; ni a Arroyito ni de regreso al hogar.

Como las abstracciones pueden no ser eficaces para que sus seguidores lo comprendan, el gobernador siente la urgencia de poner nombre y apellido a sus enemigos. Así, al referir que ha conseguido fondos nacionales para mantener en operación la planta de Agua Pesada, se pregunta qué pasará cuando esos recursos se agoten, a cabo de cuatro años. Y se responde: “[e]l gobierno [nacional] propone que nos unamos para encontrar nuevas alternativas, porque *los conocidos de siempre, dentro de cuatro años nos van a plantear como solución cortar las rutas*. Total, ellos pueden esperar cuatro años más. Están cómodos en su lujoso edificio sindical que se parece a las financieras a las que están asociados y cobrando puntualmente sus sueldos, que les paga el Estado” (DS, 2001). Los enemigos son, entonces, los dirigentes sindicales que, a juicio de Sobisch, sólo sirven para cortar rutas, cobrar sus sueldos sin trabajar y realizar negocios financieros. La alusión es precisa: los enemigos son la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE), la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) y, por extensión, todos los empleados del Estado que se resisten a ser borrados del mapa, según lo prevé el proyecto de Estado mínimo¹².

El gobernador intuye que los sindicatos estatales de la CTA buscarán desafiarlo en la arena electoral. Por eso, al abordar otra vez a la continuidad de la Planta de Agua Pesada, señala:

“Tuvimos que discutir muy fuerte, frente a la aventura que nos planteaba el gobierno nacional de una administración compartida con la CTA. Finalmente el ministro [Julio] De Vido entendió el disparate que se estaba proponiendo y se pudo dar comienzo a la producción. Y yo quiero aquí decir que cuando discutíamos con el gobierno nacional, me decían los funcionarios del gobierno nacional que *ellos tenían compromisos con la CTA* y yo les decía que *nosotros teníamos compromiso con los habitantes de la provincia del Neuquén* y con los empleados de la Planta de Agua Pesada y no con las corporaciones que tanto daño le han hecho a la Argentina” (DS, 2004).

Las corporaciones “dañinas”, aunque integradas por habitantes de Neuquén, no califican para ganar acceso al exclusivo club de la neuquinidad. Están inexorablemente puestas en el espacio del enemigo alienígena, conducidas por “seudo-dirigentes, que manejan pseudo-organizaciones, que piden planes de empleo para no trabajar, mientras las chacras, el petróleo, el campo, el turismo, la construcción, dan trabajo a gente que viene de otras provincias y de países vecinos” (DS, 2004).

El eje del mal, en definitiva, está compuesto por una burocracia enquistada en el Estado, el Estado omnipresente, los que cortan rutas, los que practican la violencia (activa o encubierta), los resentidos, los intolerantes, los que no ganan elecciones, los que no respetan la propiedad ni a los próceres, los agentes de la disgregación y la anarquía, los que critican desde la prensa, los que cobran sus sueldos sin trabajar, los que están cómodos, los que vienen de afuera. Del lado de los buenos están Sobisch y el pueblo, los que anhelan “la paz y el bienestar” (DS, 2001). Los buenos son los que “han apostado por Neuquén” (DS, 2001), y por ende merecen prioridad en el empleo público, porque hay trabajo para los que “realmente [quieren] trabajar”. Los buenos son los que honran la cultura de los pioneros, que se ganaban la vida “con su esfuerzo, con sacrificio y con vocación de defender a la tierra donde habían nacido” (DS, 2001). El enemigo, en cambio, es haragán, no defiende la tierra donde ha nacido; está afuera, no merece nada (ni siquiera ser atendido en un hospital)¹³. Los buenos, los que trabajan, merecen todo, incluso que se les paguen compensaciones por los destrozos sufridos durante los saqueos de diciembre de 2001. El Estado es “solidario” con estas víctimas de la violencia social: “[P]agamos los destrozos que originaron los intolerantes en la hora más difícil de la Argentina, en diciembre de 2001”, dice Sobisch (DS, 2003).

Así las cosas, Sobisch termina de definir un campo de fuerzas integrado por “minorías intolerantes” (los malos, los de afuera) y “mayorías silenciosas” (los buenos, los neuquinos). Tras imponer su mayoría legislativa para declarar la necesidad de la reforma constitucional, Sobisch inaugura las sesiones del año 2005 celebrando su triunfo contra “los conocidos de siempre”. Al referirse a las consultas previas a la reforma, señala que “los altos índices de participación ciudadana obtenidos [...] llevan a decir, sin vanidad, que en Neuquén, *pese a algunas minorías intolerantes, han triunfado quienes quieren construir una provincia distinta*” (DS, 2005). Dos años más tarde, en vísperas de la huelga docente durante la cual cae asesinado Carlos Fuentealba, Sobisch interpela a las mayorías silenciosas, sus aliadas de siempre. Al finalizar su discurso, que es una suerte de despedida, dice:

“También quiero agradecer a todas las mujeres, los hombres, los niños, los jóvenes y *a las mayorías silenciosas, a las que no salen en los diarios, a las que no tienen voz, a los que en este momento probablemente estén sufriendo o estén sonriendo porque alguien le acerca simplemente una golosina o le da una caricia, porque esos son la base, la real base de sustento de las instituciones libres que gozamos en la Argentina* y cada vez que toquemos un timbre para pedir que nos apoyen no nos olvidemos que quien nos abre esa puerta nos está abriendo su corazón, sus sentimientos, sus esperanzas y sus intereses. Honremos esos sentimientos y honraremos a nuestra familia” (DS, 2007).

Más allá del esperpento oratorio sobre las golosinas y las caricias, vale subrayar que, para Sobisch, las mayorías silenciosas son los que no tienen voz, los que sufren, y aún así forman la “real base de sustento de las instituciones libres”; las “minorías intolerantes” (que, por el contrario, son bulliciosas y satisfechas) no sustentan nada y, por ende, no pueden reclamar siquiera un trato ajustado a las leyes.

“Los que gritan victoria cuando no hay clases”

La suma de todos los odios de Sobisch se dirige hacia los docentes organizados en la Asociación de Trabajadores de la Educación de Neuquén (ATEN). De todos los sindicatos estatales, ATEN es el que le propina al MPN las derrotas más resonantes. Vale recordar, por caso, que es la lucha docente de Neuquén la que pone freno a la aplicación de la Ley Federal de Educación menemista, en uno de los episodios más notables de la historia reciente: la huelga y el corte de puente Neuquén-Cipolletti en 1997. Ya en el presente siglo, las tres grandes huelgas docentes (en particular las de 2006 y 2007) ratifican la eficacia política de los mecanismos democráticos de decisión y lucha de esta organización. Y es precisamente en el marco de luchas docentes, combinadas con otras protestas populares y sectoriales, que el gobierno emepenista se cobra dos vidas: Teresa Rodríguez (1997) y Carlos Fuentealba (2007). Incapaz de cooptar o domesticar al sindicato docente -atrayéndolo, por ejemplo, a la arena electoral- Sobisch despliega a lo largo de sus mandatos una sistemática política de descalificación, confrontación y represión hacia los maestros. Los docentes aparecen en el discurso de Sobisch como la más genuina encarnación del mal, como los principales exponentes de ese enemigo que está allá afuera, agazapado para echarse sobre la paz y la confianza que reinan en Neuquén. Sobisch, claro está, no es muy original: su predecesor y adversario, Felipe Sapag, durante la huelga del año 1997, no tuvo empacho en llamar “subversivos” a los trabajadores de la Educación, como tampoco dudó en convocar a los matones emepenistas a “romper los candados de las escuelas” (cf. Petruccelli, 2005: 94, 169).

Las invectivas hacia los docentes son una constante en todos los mensajes de Sobisch ante la Legislatura provincial. Y el argumento es siempre el mismo: aunque Neuquén tiene una de las mayores inversiones por alumno y paga los mejores salarios del país, las estadísticas educativas de la provincia son totalmente decepcionantes; por culpa de los docentes, por supuesto. A principios de su segundo mandato, Sobisch suspende la aplicación de la Ley Federal de Educación y, sin ruborizarse, se adjudica tal medida como un acierto propio, silenciando olímpicamente el hecho de que esta ley no ha llegado a aplicarse en su totalidad a causa de la resistencia organizada de los trabajadores de la educación y otras organizaciones políticas y sociales (DS, 2000). Así, después de borrar a los docentes de la historia reciente y adueñarse hipócritamente del protagonismo en este relato, Sobisch se pregunta si el gobierno “es el responsable de todo” lo malo lo que ocurre en educación. La pregunta es retórica, y los responsables están ahí, a la vista de todos; son los docentes que con “tanto ruido” esconden su “incapacidad para resolver los problemas de la educación” (DS, 2000). Puesto a hallar remedios idóneos, promueve una nueva ley de educación provincial, que ni siquiera llegará a ser debatida en la Legislatura.

Hacia el 2002, el proyecto de ley de educación provincial desaparece de los planes de Sobisch, pero su encono hacia los docentes se mantiene intacto. Reitera, en un mantra de odio visceral, que los sueldos neuquinos son los mejores del país y añade: “y encima los pagamos”. No se trata de una simple comparación con otros distritos que no abonan puntualmente los salarios, sino una rotunda afirmación de que los maestros de la provincia no merecen que se les paguen sus haberes. Sobisch se muestra disgustado: las estadísticas educativas le dicen que Neuquén está, en lo que toca a los resultados, en el mismo nivel que Jujuy (DS, 2002). “Yo no sé *si los neuquinos nos merecemos*, con el esfuerzo que estamos haciendo, tener estos datos comparativos; creo que todos tenemos una responsabilidad compartida para resolver este problema y no echarle la culpa a nadie, sin asumir nuestra propia responsabilidad” (DS, 2002). Sobisch se queja amargamente del gasto que generan las suplencias, el ausentismo y las licencias gremiales. Por eso se pregunta: “¿cuántos nuevos docentes estudian esta carrera por vocación o como una salida laboral?” (DS, 2002). Su interés no es sociológico; de hecho, podría verificarse que lo segundo es cada vez más cierto. La intención de Sobisch apunta, en realidad, a menoscabar la condición de los docentes como trabajadores de la educación, en contraste con la vocación docente, esa suerte de apostolado ascético cuya sola mención endulza los oídos del medio pelo neuquino. Pero Sobisch va por más: los docentes tienen que ser colocados en el lugar de los extraños. Afirmando su credo de la neuquinidad, explica que los egresados de los “institutos de formación docente no tienen las mismas oportunidades que *los que vienen de afuera* con mayor puntaje” y anuncia que ha “dictado el decreto que les garantiza no ser discriminados por vivir en Neuquén, otorgando mayor puntaje a los neuquinos por ser egresados” de institutos provinciales (DS, 2002). De nuevo, no se trata sólo de una

acción afirmativa más o menos razonable a favor de los egresados neuquinos, sino de una denuncia apenas velada de que buena parte de los docentes llega desde ese “afuera” aterrador y no-neuquino.

La política educativa sobischista es escandalosamente elemental. Está dirigida a “dictar los instrumentos que beneficien a las instituciones escolares para que sus alumnos tengan las herramientas que les permitan insertarse en una sociedad que cambia vertiginosamente y *eliminar los privilegios de los que no quieren cambiar*” (DS, 2002). Aquí, los docentes son descriptos como parte de esa burocracia estatal que resiste todo cambio y disfruta de gordos privilegios. En definitiva, ya en los albores de su segunda época, Sobisch dice que los docentes son responsables del fracaso educativo, que no se merecen los sueldos que “encima” les pagan, que vienen de afuera, que no tienen vocación y que son privilegiados que no quieren cambiar nada, igual que los demás estatales que “dependen” del Estado.

En los años 2003 y 2004, la virulencia del discurso sobischiano da una tregua. Apenas menciona que el debate educativo es una asignatura pendiente (DS, 2003) y ofrece una larga lista de obras de infraestructura escolar (DS, 2004). Exultante por el notable resultado electoral que obtiene en septiembre del 2003 (cuando, como ya señalamos, cosecha un 57 por ciento de los sufragios), prefiere no abundar sobre su también inusual victoria sobre la huelga docente de este año. Sin embargo, en el 2005, ya en vísperas de las elecciones de convencionales constituyentes provinciales, comienza a enfatizar la relación entre educación y el novedoso concepto de “seguridad alimentaria”. Señala, como gran hallazgo, la trivial verdad de que no puede ser exitosa la educación si hay hambre, un dato del sentido común que hasta ahora había estado totalmente ausente en su discurso. “No podemos mejorar la educación y la salud si nuestros niños no están bien alimentados; para eso nos propusimos garantizar la seguridad alimentaria de la población en situación de riesgo”, dice el gobernador, como si acabara de inventar la rueda (DS, 2005)¹⁴.

Sobisch, quien en realidad nunca se ha preocupado sinceramente por generar un debate educativo, intenta, de todos modos, fijar las coordenadas de la discusión. Sigue convencido de que paga envidiables salarios, que tiene las mejores escuelas, el mejor equipamiento y las mejores tasas de inversión por alumno. Por eso, dice, el “debate no son los tanques de agua; ese debate es *la capacidad intelectual que hoy le estamos robando a nuestros niños* y los estamos condenando a un futuro que no será libre ni independiente si no son bien educados” (DS, 2005). No hace falta demasiada genialidad para advertir que, ahora, Sobisch culpa a los docentes de ladrones, nada menos que de ladrones de las capacidades intelectuales de los niños; y aunque habla en primera persona del plural, la alusión a los docentes es inequívoca. En este mismo sentido, Sobisch se pregunta:

“¿Cuál es la verdadera raíz de nuestros problemas? ¿No deberíamos preguntarnos por qué ante esta importante inversión que el Estado hace, nuestros niveles de calidad educativa se encuentran deprimidos? O ¿por qué vivimos *extorsionados por grupos minúsculos que sólo buscan alterar la paz social*? No debemos olvidar que el Estado y sus instituciones no son de los que están adentro sino lo que deben servir al conjunto de la sociedad que es quien, a través, del pago de sus impuestos lo sostiene” (DS, 2005).

De este modo, a los dichos que califican a los maestros como no merecedores de sus salarios, como privilegiados que no quieren cambiar nada, entre otras lindezas, ahora añade el mote de “extorsionadores”, enemigos de la paz social, desleales servidores públicos que sólo defienden sus propios intereses.

Como si todo lo anterior no bastara, Sobisch redobla su ataque tras la huelga del año 2006. Como señalamos, este paro es una contundente victoria política del sindicato docente, aunque la recomposición salarial obtenida no es totalmente satisfactoria. Más de un mes de parálisis en las escuelas, cortes de rutas y una profunda alteración del circuito petrolero hacen que Sobisch, muy a su pesar, termine cediendo a varias de las reivindicaciones de ATEN. Pero ahora el gobernador no está solo en su cruzada. El gobierno nacional de Néstor Kirchner, a través de sus leyes y programas educativos, le proporciona un argumento de oro: la calidad. “Actualmente, el problema central del sistema educativo provincial es de calidad”, dice el gobernador (DS, 2006). Calidad educativa, para Sobisch, equivale a producir mano de obra barata para el sector privado: “[d]iría un amigo mío: ponte un oficio en el bolsillo y recorrerás el mundo; digo yo hoy:

démosle las herramientas a los niños, a los jóvenes, a los mayores para que no solamente puedan conseguir trabajo en su paraje, en su ciudad, su provincia, su país o el mundo” (DS, 2006). Ahora bien; no se trata sólo de una coincidencia con las políticas nacionales; se trata también de llevar la discusión educativa a un terreno que eluda las visibles carencias básicas del sistema neuquino. Sobisch explica:

Como verán, no quiero hablar de cuántos metros de escuelas construimos, si pagamos los mejores sueldos docentes, cuántos docentes por alumno tenemos, discutir horas cátedras, calefactores, salones de usos múltiples. Me parece que ésa es una discusión que está antigua, vieja, que es poco seria [...] La sociedad está desguarnecida ante esta estéril discusión sectorial [...] no los engañemos más. Las escuelas *-que son de todos los neuquinos-* se deben convertir con el amparo de la Constitución y las leyes en un foro de discusión, donde participemos todos para fortalecer y reconstruir el sistema educativo que necesitan nuestros hijos. *No seamos cómplices de los que quieren que nada cambie, vamos al hueso de la discusión, aunque nos duela, nos va a doler mucho más en el futuro no haber hecho nada. Se puede ser cómplice participando en forma activa de la destrucción, pero también por omisión, nuestra pasividad se puede convertir en complicidad. Luchemos por una escuela abierta al pensamiento de estos tiempos, digámosle no a una escuela tomada por el pasado. El discurso de los incompetentes es buscar culpables a nuestros males; el discurso que yo quiero es convocar a los responsables para construir las soluciones”* (DS, 2006).

Por donde se lo mire, este fragmento constituye una auténtica declaración de guerra. “Todos los neuquinos”, los auténticos dueños de las escuelas, son llamados a combatir a los maestros, esos no-neuquinos que son epítome de todas las calamidades habidas y por haber. Para Sobisch, los docentes no quieren discutir sobre políticas educativas, sino sobre calefactores y otras menudencias, algo que, a su entender, constituye una discusión “antigua y poco seria”. A la ya extensa lista de agravios, ahora Sobisch suma otros más, cada vez más virulentos. Los docentes son, otra vez, los que quieren que nada cambie, son los activos destructores de la educación, son el pasado que toma escuelas, son los incompetentes. Todos estos epítetos -y, en particular, la anticipación de un dolor futuro y el llamado a la lucha para evitar la complicidad con los docentes-, prefiguran la respuesta de Sobisch al corte de ruta en Arroyito. Allí, el sicario Darío Poblete mata a un incompetente, mata al pasado, mata al destructor, al cómplice, al que quiere que nada cambie.

La declaración de guerra, consecuencia necesaria del estado de excepción dictado por Sobisch, viene seguida de una explícita amenaza. Al finalizar el discurso del año 2006, el mandatario se toma un tiempo para “fijar una vez más” su posición con respecto a “las libertades individuales, la libertad de prensa y los derechos humanos en general”. De la furiosa descalificación hacia los docentes y demás agentes del Estado, pasa sin más trámite a una siniestra advertencia. Dice: “[d]efenderemos siempre las libertades individuales, de pensamiento, expresión, tránsito, el derecho a elegir y ser elegido, asumiendo la responsabilidad de que nuestros derechos son legítimos, siempre y cuando no colisionen y dañen el derecho de los demás y mucho menos si arremeten y lesionan el bien común de toda la sociedad” (DS, 2006). Muy lejos queda aquella prioritaria defensa de “la vida y los bienes de las personas” que había afirmado en el discurso del año 2005. Ahora, el listado de bienes tutelados por Sobisch no incluye la vida. Las vidas individuales quedan sometidas al vaporoso “bien común” que el gobernador, lógicamente, entiende como el bien de los neuquinos, los que no protestan, la mayoría silenciosa.

Así, apelando al trillado argumento de que sólo hay derechos humanos para los delincuentes pero no para los policías, Sobisch gruñe:

“No estoy de acuerdo con *quienes atacan y violentan sistemáticamente las libertades en nombre de sus propias libertades*. No estoy de acuerdo con quienes *discriminan y atacan a policías por el solo hecho de llevar un uniforme y representar legítimamente la fuerza pública*. Estos policías son seres humanos que merecen el mismo tratamiento que merecen el resto de los habitantes de nuestra provincia. *No estoy de acuerdo con los que gritan victoria cuando no hay clases en una escuela*. Considero fundamental reflexionar sobre la gravedad que implican algunos de los mecanismos utilizados por quienes no acuerdan con las políticas de este gobierno. Bajo la bandera de reivindicaciones sectoriales *se está buscando socavar las bases de la institucionalidad y de la sociedad toda*. Repito, esto va mucho más allá de una circunstancial oposición a una gestión de gobierno. A esta sociedad civil madura y democrática le cabe nuevamente la inmensa responsabilidad de seguir trabajando para que la libertad y los derechos formen parte indisoluble de nuestra comunidad y para que el bien común se fundamente en el equilibrio de las expectativas individuales” (DS, 2006).

Igual que Felipe Sapag diez años antes, Sobisch ve en los docentes a quienes quieren socavar “la institucionalidad y la sociedad toda”, esto es, una banda de subversivos que, para colmo, gritan “victoria” cuando no hay clases en una escuela. Evidentemente, Sobisch está profundamente resentido por la derrota que ATEN acaba de propinarle. Por eso, apela a la “sociedad madura y democrática” para que intervenga en favor del bien común que, ahora, aparece definido ¡en términos smithianos! como un “equilibrio de las expectativas individuales”. La sociedad madura y democrática que tiene en mente Sobisch son las cámaras empresarias y las gavillas de rufianes del Movimiento Popular Neuquino que, a su debido tiempo, exigirán represión y saldrán a ocupar escuelas en huelga.

El 1 de marzo de 2007, mientras ATEN decide el no inicio de clases con un paro de 72 horas, Sobisch inaugura el último período ordinario de sesiones de su tercer mandato, esta vez desde el recinto de la nueva Legislatura Provincial. Como era de esperarse, sus ataques a los maestros son implacables. Así, al abordar el tema de los jóvenes en conflicto con la ley penal, lanza sus primeras críticas a los docentes, a quienes acusa de “haber perdido el control del aula” (DS, 2007). Poco después, retoma la discusión sobre problemas de infraestructura y dice:

“Construimos más de una escuela por mes, contando naturalmente el ciclo lectivo. Obviamente, algún calefactor puede estar roto o habrá que limpiar seguramente algo pero ¿ésta será tarea del gobernador de la provincia, será tarea y será la dirección ejecutiva de estas cuestiones que están adentro de la escuela, de los directores, de los porteros?, ¿de quién es esta tarea de limpiar la escuela, los tanques de agua? Porque la discusión ahora se vuelve a centrar en este tema: una escuela por mes y vamos a discutir que hay un tanque de agua sucio; ahora ¿quién lo limpia?, ¿los que le pagamos todos los meses para que lo limpien o irán los señores legisladores a limpiar estos tanques? Cada uno tiene una función en la vida” (DS, 2007).

Sobisch, se sabe, es arrogante y bravucón; nunca discute en los términos que se le ofrecen sino que, sistemáticamente, busca “bajarle el precio” a sus adversarios, ya sea denostándolos o ridiculizando sus planteos. Mientras ATEN reclama una recomposición salarial y mejores condiciones de trabajo, Sobisch insiste en que los maestros sólo quieren debatir sobre quién debe limpiar los tanques de agua. La expresión “cada uno tiene su función en la vida”, que remite al viejo y reaccionario principio de especialización que ya se lee en la *República*, de Platón, es tan hueco en boca de Sobisch que resulta preferible no abundar en comentarios.

Como puede inferirse de lo expuesto hasta aquí, es indudable que la disputa con ATEN ha de dirimirse en los términos de Sobisch, esto es, violentamente. Como quien no quiere la cosa, y al hacer un repaso de la composición de la planta de personal del Estado, Sobisch demuestra con números cuáles han sido sus prioridades y cuál es la relación de fuerzas entre diversos sectores. En este sentido, explica que, en comparación con el año 1991, el personal docente se incrementó en un 73,5 por ciento, el de Salud en un 84,1 por ciento, mientras que la Policía vio crecer sus filas en un 97 por ciento (de 2.871 a 5.647 agentes). Este repaso de las estadísticas y la anterior alusión a los policías como víctimas de agravios gratuitos constituyen un elocuente mensaje a los policías (y a la cúpula policial en particular); Sobisch les recuerda que los ha favorecido con una gruesa porción del presupuesto y les señala que el enemigo a vencer son los docentes.

El círculo se cierra. Sobisch ha definido a los maestros como los peores enemigos; ha completado el trabajo de reforzar material e ideológicamente a la policía para que funcione como un aceitado aparato represivo; ha trazado los confines de la comarca poniendo, de un lado, a los buenos y pacíficos neuquinos (de nacimiento) y, del otro, a los abominables seres cuasi-humanos que buscan sembrar el caos y apoderarse de los recursos de los laboriosos *nycs*. Para iniciar la cacería sólo necesita una buena excusa. Por eso, se encarga de plantear, con todas las letras, el estado de excepción, en el cual el propio gobierno está bajo amenaza. Sin explicar a quiénes alude, sostiene que ha escuchado “voces que pretenden usurpar la legitimidad de los gobiernos provinciales, sus gobernantes elegidos por el pueblo a través del voto popular”. “Quiero decir a esta Honorable Asamblea -añade- que no permitiré, bajo ningún concepto, que se sienta en la mesa de la discusión, aquellos que no han sido elegidos para discutir los problemas del pueblo neuquino y espero que no haya especulaciones políticas y *todos tengamos el coraje de enfrentar a aquellos que nos mandan mensajes mafiosos*” (DS, 2007). No hay registro comprobable de que tales

voces y mensajes hayan existido; pero esto es lo de menos. Lo que importa es que, en vísperas de la huelga docente, Sobisch genera en y a través de su discurso un estado de emergencia, dentro del cual le estará todo permitido, incluso matar a sangre fría.

Ya sobre el final de este último mensaje a los legisladores, Sobisch descarga nuevas provocaciones. Muy suelto de cuerpo, cita extensamente las opiniones sobre educación del periodista Andrés Oppenheimer, columnista del *Miami Herald* y del diario *Río Negro*. Oppenheimer aboga -para deleite de Sobisch- por un sistema educativo completamente meritocrático, sujeto a controles de calidad al estilo industrial, en el cual los docentes son definidos como “productores de educación”. “Los productores de Educación -lee Sobisch- tienen que rendir cuentas ante alguien, tal vez los padres, la familia o la sociedad en general. *No se puede permitir que hagan cualquier cosa y que no existan consecuencias para su desempeño*. En los sistemas educativos latinoamericanos prácticamente no hay consecuencias. Pueden existir profesores buenos o malos, pero eso no importa, ya que no hay ninguna diferencia en cómo son tratados: un maestro no pierde su trabajo por un mal desempeño, ni gana más por un buen desempeño” (DS, 2007). Tras relamerse con las palabras de Oppenheimer, Sobisch anticipa que el año que comienza “va a ser muy complicado”. Con algunas cifras del presupuesto a la vista, argumenta que el incremento salarial que exigen los docentes generará un déficit insostenible. “A este absurdo no hay que agregarle comentarios. Todos los días vivimos estas experiencias, los que dicen defender la escuela pública son los que, en definitiva, la destruyen” (DS, 2007). Así, los docentes neuquinos no llegan a ser ni siquiera “productores de educación”; son destructores. Sobisch, el hacedor, va contra ellos a su modo, a los tiros, para que el país no tenga dudas de que en estas estepas del Sur hay una mano dura dispuesta a proteger la paz y el orden. En la mañana del 4 de abril de 2007, el gobernador de Neuquén, Jorge Omar Sobisch, dio licencia para matar.

Referencias

Agamben, Giorgio 2007 *Estado de excepción. Homo sacer, II, I* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora).

Barry, Brian 2001 *Teorías de la Justicia* (Barcelona: Gedisa).

Cámara en lo Criminal Primera de Neuquén, *Sentencia Número Treinta y dos/Dos mil ocho*, 8 de julio de 2008. Tribunal integrado por Luis María Fernández (presidente), Mario Rodríguez Gómez y Héctor Dedominichi (vocales).

Diario de Sesiones (DS) 2000 Honorable Legislatura Provincial, Provincia del Neuquén, XXIX Período Legislativo, 1ra. Sesión Especial, Reunión Nro. 2, 1 de mayo de 2000.

Diario de Sesiones (DS) 2001 Honorable Legislatura Provincial, Provincia del Neuquén, XXX Período Legislativo, 1ra. Sesión Especial, Reunión Nro. 2, 1 de mayo de 2001.

Diario de Sesiones (DS) 2002 Honorable Legislatura Provincial, Provincia del Neuquén, XXXI Período Legislativo, 1ra. Sesión Especial, Reunión Nro. 2, 1 de mayo de 2002.

Diario de Sesiones (DS) 2003 Honorable Legislatura Provincial, Provincia del Neuquén, XXXII Período Legislativo, 1ra. Sesión Especial, Reunión Nro. 2, 1 de mayo de 2003.

Diario de Sesiones (DS) 2004 Honorable Legislatura Provincial, Provincia del Neuquén, XXXIII Período Legislativo, 1ra. Sesión Especial, Reunión Nro. 2, 1 de mayo de 2004.

Diario de Sesiones (DS) 2005 Honorable Legislatura Provincial, Provincia del Neuquén, XXXIV Período Legislativo, 1ra. Sesión Especial, Reunión Nro. 2, 1 de mayo de 2005.

Diario *Río Negro* 2007 “Poblete aún hoy es un referente de la institución”, sábado 7 de julio, p. 15.

Carini, Patricia 2000 “Es posible reducir rápido la delincuencia. Entrevista a William Bratton, ex jefe de la policía de Nueva York”, en diario *Clarín*, miércoles 19 de enero. Edición digital en www.clarin.com; sitio visitado el 12 de mayo de 2008.

Cohen, Gerald A. 2001a “¿Por qué no el socialismo?” en Gargarella, R. y Ovejero, F. (comps.) *Razones para el socialismo* (Barcelona- Buenos Aires- México: Paidós) pp. 63-85.

Cohen, Gerald A. 2001b “Vuelta a los principios socialistas” en Gargarella, R. y Ovejero, F. (comps.) *Razones para el socialismo* (Barcelona- Buenos Aires- México: Paidós) pp. 153-170.

Favaro, Orietta y Iuorno, Graciela 2007 “Neuquinos y rionegrinos. ¿Cautivos o cautivados por los sistemas políticos locales?”, ponencia presentada en el VIII Congreso Nacional del Ciencia Política, Sociedad Argentina de Análisis Político, Buenos Aires.

Gargarella, Roberto 2006 *Carta abierta sobre la intolerancia. Apuntes sobre derecho y protesta* (Buenos Aires: Siglo XXI-Club de Cultura Socialista “José Aricó”).

González, A. y Gambatesa, E. 2005 “Asociaciones empresarias federativas en Neuquén. Avances y retrocesos”, en Favaro, O. (comp.) *Sujetos sociales y política. Historia reciente de la Norpatagonia argentina* (Neuquén: Cehepyc).

Lizárraga, Fernando 2007a “El Estado soy yo”, en *8300. Periódico de Neuquén*, Nro. 22, mayo, p. 18.

Lizárraga, Fernando 2007b “Ni tan popular, ni tan neuquino”, en *8300. Periódico de Neuquén*, Nro. 23, junio.

Nozick, Robert 1991 (1974) *Anarquía, Estado y utopía* (Buenos Aires-México-Madrid: Fondo de Cultura Económica).

Petruccelli, Ariel 2005 *Docentes y piqueteros. De la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral Có* (Buenos Aires-El Cielo por Asalto/El Fracaso).

Rawls, John 2000 (1971) *Teoría de la Justicia* (México: Fondo de Cultura Económica).

Vega, Laura *et. al* 2007 “Pobreza y estado nutricional: un estudio de caso en escuelas primarias de la provincia de Neuquén”, Memoria de las II Jornadas Interdisciplinarias “Fuentes e Interdisciplina”, Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas (IMHICIHU)-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), Buenos Aires, octubre de 2006.

Wacquant, Loïc 2007 “Los mitos ‘eruditos’ de la nueva doxa de la ley y el orden”, en Panitch, L. y Leys, Colin (eds.,) *Diciendo la Verdad. Socialist Register 2006* (Buenos Aires: Clasco-Centro Cultural de la Cooperación), pp.121-146.

Zizek, Slavoj 2002 *Welcome to the desert of the Real* (London: Verso).

Notas

* Profesor en Historia (UNL), MA en Filosofía Política (University of York), doctor en Ciencias Sociales (UBA). Miembro del Centro de Estudios Históricos de Estado, Política y Cultura (Cehepyc), Universidad Nacional del Comahue-Clasco. Estoy profundamente agradecido a los profesores Bruno Galli, Ariel Petruccelli y Fernando Aiziczon, quienes leyeron, comentaron y enriquecieron con fecundas sugerencias los borradores del presente artículo.

¹ El de julio de 2008, la Cámara en lo Criminal Primera de Neuquén impone a José Darío Poblete, por el asesinato de Carlos Fuentealba, “una única condena total de prisión perpetua, con más la inhabilitación absoluta perpetua y costas del proceso, por ser autor material penalmente responsable de los delitos de homicidio calificado por haber sido cometido por un miembro integrante de las Fuerzas Policiales abusando de su función, con la agravante de haber sido cometido con violencia mediante el empleo de un arma de fuego, agravado por alevosía, en concurso ideal, y en concurso real con el de Vejeciones” (Cámara en lo Criminal Primera de Neuquén: 2008).

² Por supuesto que el examen de la retórica de Sobisch no basta para caracterizar un momento histórico y sus múltiples determinaciones no-discursivas. Pero la empresa de explicar el sobischismo *in toto* excede el propósito de estas páginas. Vale aclarar, desde ya, que la figura del gobernador epitomiza a su partido, a los sectores empresarios adictos, a la burocracia sindical complaciente, a la conciencia media que siempre vota al MPN, a los dirigentes de partidos políticos satélites, a los medios de prensa adictos y no tanto, y también a la no siempre opositora oposición partidaria.

³ Nuestras itálicas, a menos que se especifique lo contrario.

⁴ La relación entre el sobischismo y los “empresarios amigos” está ampliamente documentada en la prensa y en algunos artículos académicos (véase, entre otros, González, A. y Gambatesa, E., 2005). El Instituto Autárquico de Desarrollo Productivo (IADEP) es el vehículo preferido para la canalización de recursos hacia el sector privado, mediante créditos blandos (y succulentos) que, en muchos casos, resultan incobrables. El denominado “Grupo Schroeder” es paradigmático, puesto que integra emprendimientos viti-vinícolas, empresas prestadoras de salud y medios de comunicación.

⁵ El acuerdo entre Sobisch y Repsol es refrendado por el Poder Ejecutivo nacional el 5 de diciembre de 2000, y promulgado mediante el decreto 1252, firmado por el presidente Fernando De la Rúa, el Día de los Inocentes de ese mismo año.

⁶ En el año 2001, Sobisch lanza el proyecto de construir un ferrocarril entre Neuquén y la ciudad chilena de Lonquimay, para completar de este modo el denominado Corredor Bioceánico. Nunca puede obtener el financiamiento necesario y el proyecto queda, literalmente, en la nada.

⁷ El proyecto de reforma del Estado impulsado por Sobisch al comenzar su segundo mandato contempla, entre otras cosas, la municipalización y/o tercerización del Ente Provincial de Agua y Saneamiento (EPAS) y del Ente Provincial de Energía (EPEN).

⁸ Así como en el 2005 recurre a Smith y Nash, en el 2006, Sobisch se apoya en la fama de Albert Einstein para plantear su enigmática idea de un “gobierno electrónico”. Dice: “En los años ‘40, Einstein afirmó: todos los imperios del futuro van a ser imperios del conocimiento y solamente serán exitosos los pueblos que entiendan cómo generar los conocimientos y cómo protegerlos y cómo buscar a los jóvenes que tengan la capacidad para hacerlo y asegurar que se queden en el país” (DS, 2006). Como es habitual, ni Sobisch ni los editores del Diario de Sesiones se ocupan de brindar referencias bibliográficas de las citas que aparecen en los discursos.

⁹ Planificación y gestión, dos muletillas que no abandonan la boca de Sobisch durante su campaña nacional. El gobernador asegura haber sido uno de los primeros en advertir la crisis del 2001 (DS, 2005), que ya en 1999 mostraba signos de ser “el principio del fin”. Sin embargo, cuando se repasan los discursos de aquellos años, no hay indicios de tal anticipación. Aún así, Sobisch dice haber conjurado todas las desgracias mediante la “planificación” y la gestión”. “Gestión, mucha gestión para crecer y generar divisas genuinas” (DS, 2005), dice Sobisch, apropiándose de un latiguillo acuñado por su socio político de entonces, Mauricio Macri.

¹⁰ Quien fuera ministro del Interior durante la presidencia de Carlos Menem y ministro de Justicia de la administración Kirchner, Gustavo Béliz, fue uno de los primeros en importar la doctrina de la tolerancia cero desde Nueva York. Entre sus consejeros predilectos estaba el ex jefe de la policía neoyorkina, William Bratton (véase Carini, 2000).

¹¹ No es casual que, pocos meses después del asesinato de Carlos Fuentealba, el jefe de la policía de Neuquén, Rolando Figueroa, afirme que el cabo Pobleto es un “referente de la institución” (Diario *Río Negro*, 2007: 15).

¹² En enero de 2002, varios dirigentes y militantes de ATE-CTA son acusados de haber agredido a un funcionario sobischista. Se los lleva a juicio y resultan absueltos el 9 de marzo de 2007.

¹³ Sobisch se jacta (y se lamenta) de que el sistema de Salud neuquino atiende “a gente de otros países, de otras provincias y de otras obras sociales que no son atendidos por ellas [...] más del diez por ciento de los pacientes sometidos a intervenciones quirúrgicas y el catorce por ciento de los pacientes que requirieron tratamiento de cáncer en el Hospital Castro Rendón fueron extranjeros” (DS, 2002).

¹⁴ Uno de los pocos estudios sobre el impacto de la desnutrición crónica en el rendimiento de los alumnos neuquinos fue realizado por un equipo multidisciplinario dirigido por la Dra. Laura Vega a mediados del 2003. Además de constatar que en las escuelas pobres e indigentes la estatura promedio de los alumnos era inferior a la estatura promedio de los chicos de escuelas más pudientes, la investigación de Vega y su equipo halló una correspondencia directa entre la desnutrición y la sobre-edad, indicador clave del fracaso escolar (cf. Vega, L. *et al*, 2007).